

DEL ESTADO DE LA **OPINION** EN INGLATERRA

EN

**CUESTIONES RELIGIOSAS Y POLÍTICAS.**

APUNTES LEÍDOS

POR D. ANTONIO ALCALÁ GALIANO,

EN LA SESIÓN DE 8 DE MARZO DE 1864.

El miembro de este ilustre Cuerpo, encargado por el mismo de examinar varios números de las dos colecciones tituladas , la una *Revista de Edimburgo* y la otra *Revista de Ambos Mundos*, á fin de buscar en ellas lo que contengan relativo á las materias en que entienda esta Real Academia, y de dar sobre lo que encontrare un informe sucinto; no ha podido, en una larga serie de artículos de ambas obras, encontrar uno sobre el cual deba llamar particularmente la atención de sus compañeros. Que de ellos muchos son de gran mérito, mal puede negarse, ni sería posible que dejase de haberle en trabajos, muchos de ellos producto del ingenio y saber de eminentes escritores de pueblos tan ilustrados como son Francia é Inglaterra; pero casi todos los relativos á las ciencias morales y políticas, están contraídos á alguna cuestión particular, aun cuando sea para aplicar á ésta doctrinas generales, y aun no pocos se rozan con la llamada política militante ó entran de lleno en sus términos, cosa ajena de nuestro instituto, ya se trate de un pueblo extraño, ya del propio.

Pero si á ningún artículo particular puede, ó debe, en sentir del que informa, atender esta Academia, no así en lo referente á lo que del conjunto de los números de las Revistas confiadas á su examen se desprende, porque le parece importante echar una rápida ojeada al estado de la opinión pública en una y otra nación de las en que salen á luz estas colecciones, donde sirven de buenos intérpretes á los pensamientos que en aquellos pueblos dominan; intérpretes si no libres de las pasiones que dan de sí muestra en los periódicos diarios, algo menos sujetos á ese influjo.

Cuál sea el estado de la Religión en los pueblos francés é inglés, debe ocupar la atención de los que se dedican al estudio y cultivo de las ciencias morales. Al pasar á considerarle y dar razón de él, bien será advertir que se pisa una senda llena de tropiezos, donde lo más seguro, y aun lo debido para quien no intente meter la hoz en miés ajena, entrometiéndose á dar sobre materias tan graves, fallos ó cosa que á fallos se parezca, es ceñirse al oficio de narrador y mantenerse en él con el cuidado más escrupuloso.

En Inglaterra, nación religiosísima, aun en su errada fé, sigue haciendo rápidos progresos la descomposición de sus varias iglesias ó sectas, que al irse quebrando en menudas piezas, dan con sus despojos aumento no poco notable al gremio de los incrédulos absolutos. Lo que previo Bossuet en su inmortal historia de las variaciones, lo que negaron refutaciones de esta obra ingeniosísimas y llenas de saber, pero sólo convincentes para quienes las oían ya convencidos, está ya patente por los sucesos. Era desatino querer fundar una iglesia con derecho á ser obedecida en los dogmas que proclamaba, quienes blasonaban de sujetar las cosas de la religión al criterio del hombre. Por la inconsecuencia que es compañera de nuestra flaca naturaleza, ha podido durar en los ánimos una sujeción que por las razones en que se fundaba ó funda, era y es meramente voluntaria. Ha llegado la hora en que entendí-

mientos agudos y claros, á la par que inquietos, han pretendido usar del derecho de examen libre que todas las iglesias protestantes conceden como principio, y niegan como derecho deque pueda usarse.

Verdad es que en Inglaterra, si hay incrédulos á la francesa, hay de ellos pocos; pero éstos no sólo han crecido y van creciendo en número, sino que osan decir lo que son, cuando antes callaban. Esto da que sospechar, y aun hasta cierto grado prueba que la reprobación social con que antes era motejada en el pueblo británico la irreligión, ó ha cesado, ó es ya harto menos severa y temible.

Pero los pasos por donde van desviándose los ingleses de la antigua fé cristiana, enlazada con la antigua del pueblo llamado de Dios, son contados y no veloces, y si pueden y deben tener por final paradero la negación de las Sagradas Escrituras, se paran y hacen estaciones en el camino. Predomina en aquel pueblo el pensamiento general religioso aun en medio de los errores de las sectas en que se dividen. Y así es que en sus impugnaciones de las Sagradas Escrituras, sólo á unas partes de ellas ponen reparos, y proceden como eruditos y teólogos, y no como filósofos racionalistas. Dan serios golpes á la antigua fábrica del cristianismo, tiran á derribar de ella mucho, y aun á los cimientos se atreven, pero sin temer que por esto flaquee y caiga el edificio, pues por cristianos se clan y tales se creen cuando van dejando de serlo. Aun en la Revista de Werstminster, hoy casi del todo irreligiosa, hay pretensiones de conservar la fidelidad debida á lo que califican los semi-incrédulos de verdadero, cristianismo. Pero en la de Edimburgo es mucho menor el atrevimiento, y sin embargo es lo suficiente para asestar un golpe, no ya á la fábrica sólo, sino á los cimientos de la religión fundada sobre el Testamento viejo, unido con el nuevo en estrecho enlace. El principio abogado por la Revista escocesa no es otro que la aserción de que los libros de la Sagrada Escritura, particular si bien no

exclusivamente, en su parte histórica, están sujetos á la jurisdicción de la crítica ; de lo cual se deduce no poder ser considerados como fruto de la inspiración divina, y por esto con título indispensable á fé absoluta en todo cuanto contienen. Bien es cierto que cita la misma Revista autoridades de escritores protestantes antiguos que sustentaron esta doctrina; pero confiesa que no es la de iglesia alguna de las que por tales pasan. No es menos verdad que lo primero; es lo que debía ser porque roto el freno de la obediencia, no hay razón fundada para detenerse en el examen, y obrar ó aconsejar lo que él diere de sí; pero es achaque del flaco linaje humano la inconsecuencia, y de ello dan testimonio, sobre otras cosas, la osadía con que señalan los términos de la fé y de la duda los maestros de diversas sectas, y los cuerpos que profesan y sustentan sus doctrinas. Llega sin embargo un período de novedades, y la libertad sacude el yugo á que por su voluntad, y por el convencimiento de serle necesaria tanto cuanto saludable, y puesta en ejercicio, se arroja á ver y juzgar las cosas con la luz y el criterio de la razón humana. Nace de ello ir menguando el número de lo que merece llamarse, aun en religiones falsas, verdaderas iglesias; y aun cuando la incredulidad absoluta no triunfe, y aun cuando el principio de verdadera irreligión no prevalezca, cada cual va tirando á creer á su gusto y según sus alcances, ya más ya menos. En medio de esto, la incredulidad gana prosélitos, y de resultas la sociedad decente que antes en Inglaterra la mataba y miraba hasta con odio, hoy, sino la aprueba, la tolera como toleraría faltas menos graves.

Si del estado de la opinión en materias religiosas, que hasta ahora para el pueblo británico eran de la más alta importancia, pasamos á considerar cuáles son las doctrinas políticas que allí ahora se están controvertiendo y prevalecen, poca luz nos darán sobre esto los números de la Revista que son asunto del presente informe. Es privilegio de la nación in-

glesa el de vivir hoy contenta con su suerte, gozando juntamente de libertad lata y orden perfecto. Por esto casi duerme en aquella tierra la política militante, pues la guerra que se hacen bandos opuestos, si no ha cesado del todo, sólo se manifiesta por actos de tibia hostilidad, escaramuzas más que batallas, seguidas sin encarnizamiento, y puede decirse sin calor siquiera, y sobre puntos doctrinales de legislación: en lo puramente político poco ó nada piensan los de aquella nación en el momento presente, pues de nuevas reformas en lo llamado entre nosotros sistema ó ley electoral, no se ve que ahora se hable, olvidado ya un proyecto que sobre tan importante punto fué sacado á plaza há cuatro años para fracasar, mirándose su mal éxito aun entonces con general indiferencia (1). Una obra publicada sobre las varias clases de gobierno, por el poco há difunto, Sir Gomwal Lewis, buen escritor y ministro de la Corona en sus últimos días, contiene poco ó nada nuevo, reduciéndose á triviales observaciones, en que tomada la forma de diálogo entre personajes imaginarios, á semejanza de los de Platón y Cicerón y de algún otro moderno, disputan tres é interviene un cuarto, siendo á manera de juez en la contienda. Abogan en el diálogo por la monarquía el uno, por la aristocracia el otro y por la democracia el tercero, no sin lisura al exponer y esforzar cada cual las ventajas de la clase de gobierno que cada cual prefiere, y las objeciones que pone á los otros, mientras el imparcial oye atento y pesa en la balanza de su juicio los diversos pareceres y argumentos que ante él se proponen y siguen, y da sobre ellos sentencias, si bien no definitivas ó absolutas. Se nota en el autor alguna inclinación á favorecerla aristocracia, tal cual existe en su patria, contrapesada por los poderes monárquico y democrático, á punto no de poner las fuerzas del Estado en equilibrio, lo cual las neutra-

(1) Téngase presente que esto se escribía á principios de 1864, cuando aun no se anunciaba la presentación del último proyecto de ley electoral.

lizaria para toda acción, pero sí de contener y moderar la que predomina. Al cabo se nota en esta obrita lo que hoy va siendo idea muy extendida, á saber: duda sobre la buena calidad absoluta de uno ú otro gobierno, aunque fé en los progresos de la sociedad, y persuasión de que en las cosas políticas es hoy el poder que todo lo rige el de la verdadera opinión pública con más ó menos exactitud manifestada.

En verdad, lo que se deduce de las Revistas confiadas al examen del autor de este informe, y lo que resulta de otros mil testimonios que al darle ha tenido presentes, es que en el imperio y pueblo británicos, las ciencias políticas, en punto á grandes teorías, están hoy poco atendidas, contentándose lo general del pueblo con sentir y disfrutar los buenos efectos de un empirismo que da seguridad contra cualquiera linaje de opresión á los individuos, suma latitud en el uso de todas las facultades intelectuales y físicas del hombre, y á la opinión medios para que sin estorbo alguno se forme, y sin embarazo ó peligro se manifieste. En medio de ello reina allí la paz, abunda la riqueza, y el poder de la nación, si tal vez no tan robusto como antes, se mantiene, siendo de notar que hay cierto temor de ponerle á prueba, como si se recelase que puede tener fatales resultados el hacerlo. Si tan extremada afición á la paz, siendo satisfecha con el hecho de conservarla, puede influir perniciosamente en la suerte del Estado, debilitando la fuerza moral de los individuos, es punto muy controvertible. El ejemplo de pueblos antiguos á quienes perdieron el ocio de la paz, y los deleites que trae consigo la riqueza, puede servir de ejemplo y lección, pero no á punto de resolver la cuestión en uno ú otro sentido, porque no son las condiciones de la sociedad moderna las mismas que las de las naciones antiguas. Es lo cierto que los ingleses del día no presentan síntomas de haber decaído de lo que eran sus mayores, y la historia contemporánea, al referir así las muestras de fortaleza dadas en la India en \ 851 por los soldados y aun por los paisanos de

su nación allí residentes, como los esfuerzos que se han hecho y diariamente están haciéndose para explorar y colonizar tierras remotas con feliz suceso, dan testimonio de constancia y brios nada inferiores á los manifestados por hombres de cualquiera otra nación en todo tiempo.

Si de la legislación política pasamos á la civil, tampoco encontramos en Inglaterra muchas obras de jurisprudencia donde aparezca el espíritu filosófico ó la vasta y profunda erudición que se admiran en escritores alemanes y aun en algunos franceses. Nace la escasez de tales obras del poco gusto que muestran y tienen los ingleses generalizar. No faltan, con todo, excepciones á esta regla. No ha producido el mundo novador más atrevido que Bentham, y si es verdad que entre sus compatriotas tuvo tan singular autor admiradores y aun secuaces, no es monos cierto que tuvo más de los primeros que de los segundos, y su escuela, un tiempo señalada, más por el mérito de quienes la componían que por su número, está hoy muy reducida. Queda, sin embargo Mili, infatigable atleta, cuya fama y reputación, lejos de menguar, ha crecido, y que sustenta la doctrina utilitaria, explicándola con más agudeza y aun con más verdad que fortuna, no logrando ni aun poner silencio á quienes no la comprenden. De la misma escuela era, aunque de ella según he entendido hubo de desviarse un tanto, el jurisperito ó jurisconsulto Mr. Austin, hoy difunto, cuyos tratados sobre jurisprudencia están citados en el último número de la *Revista de Edimburgo*, que dedica á ellos un artículo, donde está llevado poco menos que á extremos el elogio, cosa muy de notar, porque la Revista de que va aquí hablándose ha combatido las doctrinas Benthamistas con ardor y empeño. El que tiene la honra de extender el presente informe fué colega de Mr. Austin en la Universidad de Londres en 1828, y oyó salir de sus labios las lecciones que son parte de la obra que da motivo á estas cláusulas de su ligero trabajo. Era el sabio inglés de quien se trata sobrio y aun seco en

el estilo, preñado en la dicción, erudito, pero más dado ádiscurrir que á citar, y racionalista sobre todo. Que de esto se ve bástanle en su obra tal cual hoy ha salido á luz, se colige de lo que dice la Revista en su alabanza: sea como fuere, el que informa se atreve á proponer á la Academia que se haga con la recién publicada producción del entendimiento y saber de Mr. Austin, entre otras razones porque conviene saber qué se piensa y qué se aplaude en Inglaterra sobre materias acerca de las cuales sólo atendemos los españoles á escritos franceses ó alemanes.

Por último, de economía política no cesa de hablarse en Inglaterra, pero sobre puntos del pormenor y sobre aplicaciones más que sobre doctrinas generales, satisfechos todos con las felices consecuencias que allí ha tenido el dar notable aumento á la libertad en los cambios. Sin entrar ahora, el que esto escribe, á sustentar las opiniones aplicadas librecambistas, se contentará con hacer el oficio de fiel narrador, dando á notar que en Inglaterra están hoy generalmente admitidas como ciertas en sí, y saludables cuando se aplican, vencida ya en aquel pueblo, y casi reducida á silencio la opinión contraria, que, pocos años há, á pesar de creer otra cosa los extranjeros, tenia allí firmes defensores. El célebre Mac-Culloch, de la escuela económica hoy triunfante, acaba con todo de separarse de ella, no en la cuestión sobre el sistema llamado protector ó el de la libertad relativa, sino sobre otro punto de la ciencia económica que es el de la mayor ó menor bondad de ciertas contribuciones, declarándose á favor de las indirectas ó de consumos hasta cierto grado. Bien merece ser estudiada su obra en un negocio de tal importancia, y sería de desear, aunque no sea de esperar, que le prestasen atención los economistas, no exentos, como no lo está secta alguna, del achaque de la intolerancia.

Desearía el que informa pasar en seguida de lo que deja dicho, al autor de la *Revista de Edimburgo*, y por incidencia y



someramente del estado de la opinión en Inglaterra en las materias á que esta Real Academia está dedicada por su instituto á hacer igual trabajo respecto á Francia, sacando las consecuencias que forman su juicio de los números de la *Revista de Ambos Mundos*, cuyo examen le está asimismo confiado. Pero este ligero trabajo, aunque superficial y breve, es tal para sus flacas fuerzas, que le impide entrar inmediatamente en otro de igual extensión, á lo cual se agrega el temor que tiene de molestar á este ilustre Cuerpo, ocupando su atención por más tiempo en oír lo que sólo podría dar satisfacción si estuviese mejor expresado.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.